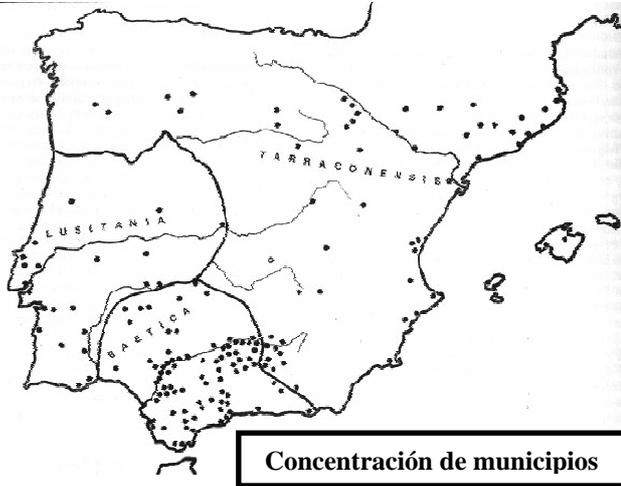


2.2. La romanización.

Debemos entender por romanización el proceso de implantación de la ciudad como hábitat y la conversión de un individuo, más o menos tribal, en ciudadano. Este proceso se iniciaba de forma automática una vez pacificado un nuevo territorio y tenía



como fin último la imposición de la organización política, social, cultural y económica del colonizador. En la mayor parte de la península la influencia romana caló muy pronto en las estructuras sociales; en las regiones septentrionales, con un nivel de desarrollo muy primitivo, los romanos no consiguieron desarrollar una vida urbana que era antes de la conquista inexistente, y cuyas formas de vida se contraponían radicalmente a las

romanas. Esto explica tanto la resistencia de estos pueblos a los conquistadores como la supervivencia de la cultura prerromana que continúa viva y aflorará, siglos más tarde y casi intacta, para comenzar la Reconquista.

Parece obvio que los romanos no buscaban fundar importantes ciudades en territorio cántabro y astur, sino aprovechar la riqueza minera y agropecuaria de la zona, de suerte que la principal arma romanizadora – fundación de colonias y ciudades – no fue aplicada en nuestros territorios. Las vías de romanización van a ser aquí muy distintas, pues la consecución de sus objetivos no va a precisar la disolución de las estructuras sociales indígenas, y tampoco se produce la fusión cultural que aconteció en el resto de la península. Durante siglos van a coexistir ambas culturas, aunque podemos citar tres elementos básicos de romanización:

1.- El latín. Fue, con mucho, el principal triunfo romano en estas tierras y hoy es indudable que su asimilación fue mayoritaria y muy temprana. La lengua de los conquistadores se extendió como una mancha por toda la península, y es seguro que antes de las guerras cántabras los pobladores del norte ya lo conocían gracias al contacto con los pueblos mesetarios. A partir de entonces su uso fue generalizado durante siglos (hemos visto un claro ejemplo en la epigrafía vadiniense), sustituyendo el primitivo lenguaje de origen celta de los cántabros del que apenas conocemos nada.

2.- El ejército. Ya la famosa frase del poeta Horacio, *Cantabrum indoctum iuga ferre nostra* (El cántabro, no enseñado a llevar nuestro yugo), hablaba bien a las claras de la naturaleza guerrera de este pueblo, cuya capacidad de combate fue admirada a lo largo de los siglos. Antes de la guerra contra los romanos los cántabros ya se empleaban como mercenarios en diferentes conflictos, tanto dentro como fuera de la península. Tenemos constancia de que participaron en la guerra de los cartaginenses contra Roma, como nos cuenta Silo Itálico. También parece constatada su intervención ayudando a los vacceos contra los romanos en el año 151 a.C., y parece ser que vacceos y cántabros pretendieron acudir en ayuda de los numantinos.

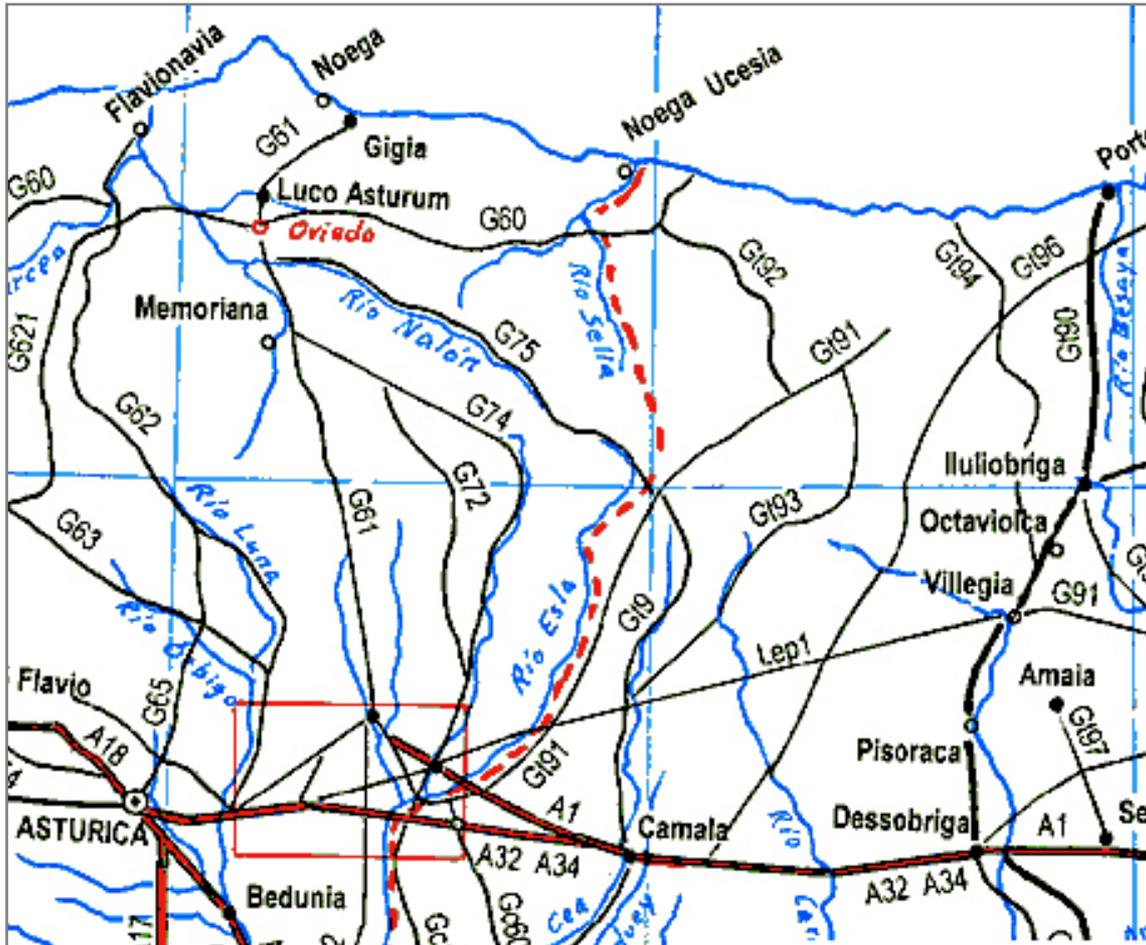
Tras la guerra muchos cántabros se alistaron como mercenarios en el ejército romano, y son abundantes los vestigios epigráficos de soldados cántabros muertos en lugares tan dispares como Britania, Germania, Palestina o Numidia (Argelia). El año 68

d.C. se crea, formada exclusivamente por huestes hispanas, la Legio VII Gemina cuyo asentamiento permaneció durante siglos en el actual León, un enclave ideal para controlar a un tiempo las mercancías mineras y las posibles revueltas de los montañeses.

3.- Las explotaciones mineras. Aunque parece que los cántabros ya explotaban las minas antes del dominio romano, se trataría de una industria precaria destinada casi exclusivamente a producir sus propias armas y aperos de labranza. Roma comenzó la explotación de los recursos con un planteamiento industrial desconocido hasta entonces, y es evidente que allí donde se estableciera un campamento minero (lo mismo que uno militar), la fricción entre conquistadores e indígenas sería inevitable. Estos “puntos romanizadores” se multiplicaron de forma exponencial durante los siglos posteriores a la conquista.

Por otro lado, el correcto aprovechamiento de los recursos exigía la construcción de una tupida red de calzadas que permitiera el transporte de los minerales tanto hacia la meseta como hacia los puertos cantábricos. La red de calzadas romanas fue impresionante para su tiempo, en una labor admirable de ingeniería que causa asombro aún en nuestros días. En la figura adjunta se muestran las numerosas calzadas de nuestra zona, según un ejemplar trabajo de investigación llevado a cabo por Gonzalo Arias a partir de los itinerarios de Antonino, Duumviro Lépido y la ruta de los Vasos de Vicarello. Ya Claudio Sánchez Albornoz¹ hablaba de una vía que cruzaba los Picos de norte a mediodía; “venía de la costa. Desde el valle de Cabrales, trazando en su ascensión admirables zigzags, ganaba las cumbres de los Picos por los puertos de Eras y Corao. Iba después de Tielve a Sotres, remontaba el Duje aguas arriba hasta los puertos de Áliva, descendía a Espinama, subía el collado de Remoña, cruzaba el Pandetrave y por Portilla de la Reina bajaba hacia Riaño”. Los diferentes testimonios coinciden, al menos, en que esta calzada unía Portilla con Riaño, por lo que es probable que transcurriera por el territorio que hoy ocupa Barniedo.

¹ Y con él, con diferentes recorridos, Delgado Úbeda, el conde Saint-Saud o Bernardino Pérez.



En el citado trabajo de Gonzalo Arias se observa la calzada denominada Gt91, la cual, según estos autores, sería una vía desde el Esla, por su margen izquierda, hasta Riaño, Portilla de la Reina al Puerto de San Glorio, Cosgaya y Potes (Justiniano RODRÍGUEZ 1970, DIEGO SANTOS 1977). Su continuación hacia la costa es problemática. Si tenemos en cuenta que lo natural al construir vías de comunicación es buscar los valles y el curso de los ríos, las posibilidades de que dicha calzada siguiera el curso de nuestro río no son en absoluto despreciables.

Interesan también la calzada denominada G75, que partiría de la Gt91 en Riaño e iría hasta el Puerto de Tarna, así como la Gt9 que vendría de la zona de Mayorga para enlazar con la Gt91 en Pedrosa del Rey. Que nosotros sepamos no permanecen en la zona ningún resto conocido de dichos itinerarios, aunque probablemente tampoco hayan sido buscados; es también posible que al tratarse de vías secundarias, mucho menos elaboradas que las principales, no hayan soportado el paso del tiempo.